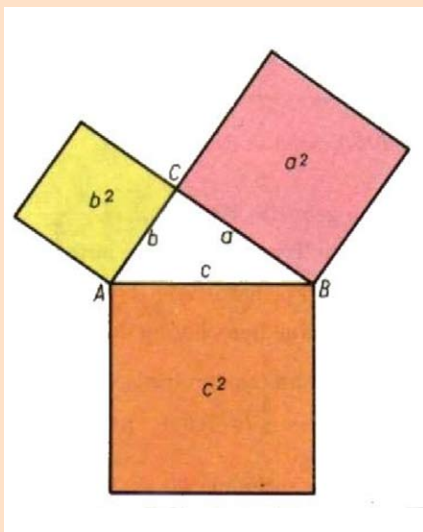


Del árbol de Samos a las alcantarillas de Madrid

Juan V. Fernández de la Gala

El Puerto de Santa María (Cádiz, España)



Dicen que la *i* griega se incorporó al alfabeto latino para que así pudieran escribirse fielmente algunos helenismos. Lo hizo de forma muy tardía y, por eso, desde sus orígenes griegos como letra ípsilon, ha vivido la pobre en la cola del abecedario latino y, lo que es peor, en la ambigüedad funcional o en la perpetua crisis de identidad de quien no sabe bien si verdaderamente es vocal o es consonante. Quizá por eso la *Y* tiene mucho mérito y sabe ser conjuntiva sin necesidad de estar en el ojo o abiertamente copulativa sin el menor atisbo de procacidad.

La solemos llamar *i griega*, aunque su valor de consonante aconsejó hace tiempo acuñar a su medida el término *ye*, pues una *i*, por muy griega que sea, sugiere siempre un nombre de vocal. Así figura en el DRAE desde 1869, y la voz «*ye*» tiene incluso su entrada propia desde 1884. El término no ha tenido, sin embargo, demasiada penetración en los hablantes de hoy, como certifica el *Diccionario panhispánico de dudas* muy recientemente.

Pero, a lo largo del tiempo, la *i* griega ha recibido otros nombres más sugestivos e incomparablemente más elegantes: la «letra de Pitágoras», se la ha llamado o, forzando aún más la metáfora, el «árbol de Samos», por ser esta isla la patria del filósofo. Los motivos de esta curiosa denominación no están claros. Aducen

algunos razones que discurren entre lo mítico y lo filológico. Así, en el *Diccionario de autoridades*, de 1739, se nos ofrece esta explicación:

LLámase la *Y* letra de Pythágoras, porque se supone que este Philósopho la añadió al Alphabéto Griego, tomando su figura de la que forman al volar las Grullas.

Otros apuntan motivos morales o filosóficos y sostienen que la *Y*, con su tramo vertical y sus brazos abiertos al aire en perpetua dicotomía, constituye la metáfora tipográfica perfecta de la vida humana. Según la filosofía pitagórica, todos los hombres se comportarían de modo similar en la infancia, pero, al iniciarse la edad adulta, la vida nos ofrece disyuntivas ante las que es preciso elegir un camino u otro. Y así empiezan a diferenciarse las vidas de los seres humanos: unos optan por el sendero del esfuerzo y la virtud, y otros por la senda fácil que conduce al abismo de los vicios. Todo un tratado de moral escrito en una sola letra.

Por último, hay también una interpretación geométrica para entender la *Y* como «letra de Pitágoras»: la demostración clásica del famoso teorema (el cuadrado de la hipotenusa equivale a la suma de los cuadrados de los catetos) adopta gráficamente el aspecto de una *i* griega, como puede verse en la ilustración que acompaña este entremés. Una explicación sencilla que a mí se me antoja bastante convincente.

Sea como fuere, pocas letras hay tan bien aprovechadas en el mundo de las ciencias como la *i* griega. En matemáticas la usamos para referirnos al eje cartesiano de las ordenadas o para nombrar nuestra ignorancia cuando es tan grande que ya no nos basta sólo con la *x* para designar nuestras incógnitas. La *Y* es también el modo de simbolizar la antena en los esquemas eléctricos. En química es el símbolo del elemento itrio y la forma más abreviada del aminoácido proteico tirosina. En biología llamamos *Y* tanto al cromosoma sexual masculino como al bacilo disintérico de His-Russell o de Frexnel (*Shigella frexneri*), y es también una *Y* el modo en que solemos esquematizar las inmunoglobulinas cuando uno pretende ser didáctico. En la anatomía de algunos crustáceos, se llaman «órgano *Y*» a un par de glándulas endocrinas, de localización cefálica, que son las encargadas de controlar la muda del caparazón quitinoso de estos artrópodos. Y hasta en nuestra propia anatomía, ya desde los tiempos de Rufo de Éfeso, el hueso hioides recibía precisamente este nombre (en griego: *hyoeidés ostoún voeidēs óstov*, «hueso en forma de ípsilon» o «hueso ipsiloideo») por su enorme parecido con la letra ípsilon minúscula (*v*), antecesora griega de nuestra *Y*.

La *i* griega se usó también en la Edad Media para representar el valor numérico 150, que, con una simple raya por sombrero, pasaba a valer nada menos que 150 000. Y hoy nos bastaría cruzar el tramo vertical con dos trazos paralelos (¥), para que a la *i* griega se le vuelvan los ojos rasgados y se convierta en el símbolo monetario del yen.^a Por si eso fuera poco, antiguamente la *Y* fue también adverbio de lugar, para significar ‘allí’ (del latín *ibi*), función que todavía conserva en la lengua francesa. Desde luego, pocas letras hay en el alfabeto con una versatilidad tan proverbial.

Añadamos, para colmar el pasmo, una acepción más para la *Y*. Reconozco que ésta un tanto escatológica. Pido disculpas. En el *Diccionario de las nobles artes*, de Diego Antonio Rejón de Silva (Segovia, 1788), se explica respecto a la *i* griega que se usa en Madrid como sinónimo de letrina o retrete, y «dícese así porque los caños del conducto forman una *Y* en las

reparticiones de cada cuarto». Así pues, pasó de designar el sumidero en Y a designar, por extensión, la estancia completa. También lo recoge de este modo el famoso *Diccionario Castellano con las voces de Ciencias y Artes*, del insigne jesuita Esteban de Terreros y Pando, que, para la voz «letrina», propone la siguiente definición: ‘hoyo o sumidero que se hace en las casas para arrojar el excremento humano [...] o, como hoi le llaman en Madrid, I griega, por tener esa figura’.^b

Queda claro que, desde la más elevada moral pitagórica, simbolizada en el árbol de Samos, hasta la más inmunda cloaca madrileña, la i griega sigue presente en nuestra cultura lingüística y científica. Fue uno de los muchos dones griegos que nos trajo el mar.

Notas

- a Su símbolo latinizado es ¥, pero en Japón se representa con el carácter 円, que significa ‘redondo’.
- b Debo a Pedro Álvarez de Miranda estas dos referencias, publicadas en la lista Siglo XVIII, de RedIRIS, en fecha 3 de noviembre de 2007. Sostiene Álvarez de Miranda que el término i griega o igriega, como sinónimo de letrina, no sería exclusivo de Madrid y proporciona referencias similares en Valencia (España), también de finales del siglo XVIII. Caballero Campos da igualmente referencias de este uso en la ciudad de Asunción (Paraguay).